**MI EXPERIENCIA CON EL ESCUDO DE DIOS**

Salmos 3:1-6

INTRODUCCIÓN:

 En un tiempo se popularizó la canción de Marcos Witt “Tu eres escudo alrededor de mi”, basada en el salmo 3 cuya letra dice:

 Tu eres escudo alrededor de mi

 Tu eres escudo alrededor de mi

 Eres mi gloria y el que levanta mi cabeza

 No temeré a diez millares de pueblos que hagan sitio contra mi

 Tu eres escudo alrededor de mi

 Tu eres escudo alrededor de mi

 Eres mi gloria y el que levanta mi cabeza”

 Sabemos que el escudo es un armamento defensivo para protegerse de algún tipo de ataque, sea con espada, lanza, mazas, piedras o flechas. La arqueología ha demostrado que los sumerios en la Mesopotamia lo utilizaron hace unos tres mil años antes de Cristo, y a través de los tiempos fue modificándose para adaptarse a nuevas tecnologías y estrategias.

 Los escudos se embrazaban en el brazo izquierdo para tener libre la mano derecha para la espada o la lanza. Y fueron construidos con diferentes materiales, incluso de oro, según 1 Reyes 10:16 que dice “Hizo también el rey Salomón doscientos escudos grandes de oro batido; seiscientos siclos de oro gastaron en cada escudo”. Estos escudos fueron decorativos y no se utilizaron en los combates. Hubo escudos de cuero en varias capas sobre un armazón de madera; escudos de lino macerado en vinagre y sal que ofrecía una buena resistencia y que utilizaban en la antigua Grecia; escudos de cobre, utilizado por los sumerios; y luego escudos de bronce que eran más resistentes. Hasta el siglo VI antes de Cristo, los griegos utilizaban un escudo circular llamado *apsis* hechos de madera y bronce. La infantería pesada del Imperio Romano empleaba un gran escudo rectangular para cubrir todo el cuerpo del legionario, y también para unir escudo con escudo y formar un caparazón que llamaban “tortuga” para proteger a un grupo de soldados en todos sus flancos.

El escudo llegó a ser un símbolo en la Biblia, primero de salvación. En 2 Samuel 22:36 dice “me diste asimismo el escudo de tu salvación”. Indicando que la salvación es un don de Dios, ya que le dice a Dios “**me diste**”, “me diste el escudo de la salvación.” En segundo lugar, el escudo fue un símbolo de seguridad económica. En el libro de Eclesiastés leemos “Porque escudo es la ciencia, y escudo es el dinero;” (7:12) y hoy, pocos dudan que el conocimiento y el dinero nos protegen de la pobreza. Y en tercer lugar, el escudo fue y es un símbolo de fe. El apóstol Pablo escribió: “Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno.” (Efesios 6:16) porque la fe apaga las dudas que nos queman.

 Dios en persona es nuestro escudo cuando está con nosotros y nada podrá vencernos, como dijo el apóstol Pablo “si Dios es por nosotros ¿quién contra nosotros?”. Y para que Dios esté por nosotros debemos saber que:

**I ESPERAR EN DIOS ES UN ESCUDO**

Salmos 33:20 “Nuestra alma espera a Jehová; nuestra ayuda y nuestro escudo es él”

Dios es escudo cuando aprendemos a esperar en Él. Porque esperar en Dios no es fácil y necesitamos de una firme resolución, de constancia, de dominio propio y de una fuerte fe. Saber esperar en el campo de batalla, por ejemplo, es fundamental para una victoria. Si el comandante dice a sus soldados que no disparen hasta que él lo diga, deben hacerlo. Porque si un soldado, cuando ve que el enemigo avanza, se pone nervioso y dispara, puede hacer fracasar la estrategia, y convertir la victoria segura en derrota.

En la “sala de espera” de Dios se prueba nuestra perseverancia y fidelidad. Algunos, al ver que la respuesta a su oración tarda, buscan la solución en el ocultismo u otras creencias contrarias a la enseñanza de la Biblia. Dejaron de esperar en Dios y se desviaron del camino correcto.

Otros, directamente preguntan “¿Por qué vamos a esperar más en Dios?” como ocurrió durante un sitio armado contra la ciudad de Samaria por los sirios. Después de varios meses de asedio, la ciudad quedó sin comida, y el rey se enteró que una mujer mató y comió juntamente con otra a su propio hijo para no morir de hambre. Al enterarse de lo ocurrido, lo primero que pensó el rey fue en matar al profeta Eliseo, que era el profeta de Dios. Pensó en una venganza contra Dios que había permitido el hambre en la ciudad e hizo responsable a Eliseo. Y mientras iba dijo “Ciertamente este mal de Dios viene. ¿Para qué he de esperar más en Dios?” (2 Reyes 6:33)

Eliseo dijo que al día siguiente todo cambiaría, la inflación desaparecería y los costos de la comida serían bajísimos. Pero un príncipe, que era la mano derecha del rey dijo “Si Dios hiciere ahora ventanas en el cielo ¿sería esto así?” Y no le creyó. Entonces Eliseo le dijo “He aquí tú lo verás con tus ojos, mas no comerás de ello” (2 Reyes 7:2) Y a la noche de ese día Dios hizo que los sirios oyeran el estrépito de caballos y carros, que les hizo pensar que el rey había contratado a los egipcios y se abalanzaban para matarlos. Así que dejaron su campamento intacto con mucha comida y huyeron. Así se cumplió la profecía, pero el príncipe que estaba a las puertas de la ciudad fue atropellado por la multitud murió, y aunque vio, no puedo comer del botín.

Dios ha sido escudo para los que esperaron en él, porque esperar en Dios es un escudo. Por lo tanto, nunca salgamos de la cobertura de Dios, nunca salgamos de su protección con nuestra impaciencia y dudas. Si sigues esperando en Dios, entonces Dios es tu escudo.

**II LA RECTITUD ES UN ESCUDO DE DIOS**

Salmos 7:10 “Mi escudo está en Dios, que salva a los rectos de corazón”

 Haciendo una analogía entre nuestra salud física y nuestra salud espiritual, podríamos decir que la rectitud eleva nuestras defensas espirituales. La rectitud es como un escudo que nos protege para que nos vaya bien, como Moisés lo afirmó diciendo “Y haz lo bueno y recto ante los ojos de Dios, para que te vaya bien” (Deuteronomio 6:18)

Tener bajas nuestras defensas, significa que el sistema inmunitario de nuestro cuerpo no está funcionando bien y, en consecuencia, estamos más expuestos a las bacterias, los virus, elementos tóxicos y químicos. En otras palabras, cuando nuestras defensas están bajas, la inmunidad, o el escudo que nos protege de las infecciones y enfermedades, no funciona, o sea, se ha bajado.

En nuestra vida espiritual ocurre algo parecido cuando el sistema inmunológico de nuestra alma, que es la rectitud cae, nos exponemos a infectarnos con falsas doctrinas, a ser víctimas de los falsos profetas y pastores, nos exponemos a las divisiones y conflictos, nos exponemos al orgullo y a la envidia, que fácilmente pueden debilitar nuestro ser interior. Porque sin rectitud, se corta la comunión con Dios.

Esto fue lo que ocurrió con el rey David. Cuando fue recto, obtuvo los mayores triunfos, derrotó al gigante Goliat, fue victorioso en todas sus batallas, admirado y aplaudido por el pueblo, protegido por Dios y siempre creciendo hasta heredar el trono de Saúl, su peor enemigo. Pero un día, dejó a un lado la rectitud y actuó de manera perversa. Su inmunidad cayó, una enorme tristeza por lo que había hecho lo envolvió, su pequeño hijo murió y a partir de ese momento todo fue mal no solo para él sino para su familia y sobre todos sus hijos que se descarriaron. Ocurrió un acto de incesto entre sus hijos, cuando Amón violó a su propia hermana y como consecuencia Absalón asesinó a su hermano violador y posteriormente encabezó una rebelión contra su propio padre y dividió el país. Esta sucesión de males vino a partir del momento que David abandonó la rectitud.

Por eso, profundamente arrepentido oró diciendo “Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado. Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mi” y más adelante añadió “Crea en mí, oh Dios, un corazón, limpio y renueva un **espíritu recto** dentro de mí”. Y dijo esto porque quería recuperar la rectitud que tenía antes, diciendo “renueva un espíritu recto dentro de mi”

Cuando una persona es recta, no solo reconoce que ha fallado sino también trata de reparar el daño hecho. Una persona recta es íntegra y honesta. Por eso se vuelve cada vez más confiable, incluso cuando ofrenda, lo hace con rectitud, como leemos en 1 Crónicas 29:17 “Yo sé, Dios mío, que tú escudriñas los corazones, y que la rectitud te agrada; por eso yo con rectitud de mi corazón voluntariamente te he ofrecido todo esto…”

Nosotros también, si falseamos la verdad, o si nos desviamos de la voluntad de Dios, podemos volver y decirle a Dios “renueva un espíritu recto dentro de mi”, y así podremos también nosotros decir “Mi escudo está en Dios, que salva a los rectos de corazón”

**III LA PRESENCIA DE DIOS ES UN ESCUDO**

Salmos 3:3 “Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí; mi gloria, y el que levanta mi cabeza”

 Dios es omnipresente, es decir, que está en todas partes, y que no importa donde estemos, él está presente, no solo en la iglesia, sino en nuestras casas, trabajo, estudios, en los campos, los bosques, las montañas, en el mar y sus profundidades. No existe un lugar donde Dios no esté, como dice el salmo 139:7 “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?”, y aunque es así, y Dios es omnipresente, no siempre manifiesta su presencia de manera tal que la podamos sentir o ver.

Pero a veces sí lo hace de tal manera que exclamamos “¡Dios está aquí! ¡Lo puedo sentir!” A través de toda la Biblia podemos ver que Dios hizo sentir su presencia mediante el fuego, como con la zarza ardiente con Moisés, o con el temblor de la montaña del Sinaí cuando el pueblo de Israel estaba en el desierto; o por medio de las plagas en Egipto cuando los hechiceros reconocieron que era obra de Dios y dijeron “dedo de Dios es éste”. Dios manifestó su presencia con la nuble de gloria en el templo, o también fuera de la cueva donde se encontraba el profeta Elías por medio de un silbido apacible. Dios manifestó su presencia en el templo de Jerusalén cuando Isaías vio que las faldas de Dios llenaban el templo y pudo oír su voz, como también la oyeron todos los demás profetas en circunstancias distintas.

Algunas veces sentimos su presencia mientras oramos y en esos momentos nuestra oración se convierte en un río que fluye hacia Dios. Otras veces sentimos su presencia cuando leemos la Biblia y cada versículo cobra vida y percibimos que esas precisas palabras son para nosotros. Otras veces sentimos su presencia en una reunión, en el canto, en la predicación que penetra en lo profundo de nuestro ser y no podemos contener nuestras lágrimas. Nada se puede comparar a este momento, y como dice la canción “El brillo de este mundo se opaca ante ti, la gloria de esta tierra nada es; todo cae en tu presencia oh, Rey ¡Qué hermosa es tu presencia Señor!”

Comprendiendo lo importante que es la presencia de Dios, el salmista dijo “Tu presencia supliqué de todo corazón” (Salmos 119:58) ¿Por qué suplicó la presencia de Dios? En otro salmo está la respuesta a esta pregunta y es Salmos 16:11 “Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo, delicias a tu diestra para siempre” ¿Por qué suplicó a Dios su presencia? Porque “en la presencia de Dios hay plenitud de gozo”

 Cuando el rey David dijo “Mas tú, Señor, eres escudo alrededor de mí, eres mi gloria, y el que levanta mi cabeza” estaba diciendo que la presencia de Dios era como un escudo que lo rodeaba. Los escudos protegen una parte del cuerpo, pero Dios es un escudo que rodea, que nos envuelve. Su presencia es nuestro escudo.

 Quiera el Señor manifestar su presencia siempre entre nosotros. Cada vez que nos reunimos, cada vez que predicamos, en cada grupo, en cada campaña, en cada brigada misionera, en cada tiempo de oración. Porque la presencia de Dios es un escudo que nos rodea y nos llena de gozo.

**IV LA PALABRA DE DIOS ES UN ESCUDO**

Salmos 18:30 “En cuanto a Dios, perfecto es su camino, y acrisolada la palabra de Dios; escudo es a todos los que en él esperan”

Proverbios 30:5 “Toda palabra de Dios es limpia; él es escudo a los que en él esperan”

Jesucristo nos mostró el enorme poder de la palabra escrita de Dios cuando enfrentó las tentaciones de Satanás en el desierto. A cada tentación Jesús respondió con la frase “escrito está” y citó un versículo de la Biblia. No argumentó, no intentó dar razones, ni dialogó con Satanás, sino que simplemente dijo de memoria lo que había aprendido en la Biblia de manera textual y exacta.

 Y cuando sus enemigos quisieron hacerle una trampa con preguntas capciosas, respondió citando la Biblia o mencionando algo que ellos mismos leyeron en la Biblia. Su pregunta más frecuente fue “¿No habéis leído?”

 Mateo 12:3 “Pero él les dijo: ¿**No habéis leído** lo que hizo David cuando él y los que con el estaban tuvieron hambre?”

 Mateo 12:5 “¿O **no habéis leído** en la ley, cómo en el día de reposo los sacerdotes en el templo profanan el día de reposo y son sin culpa?”

 Mateo 19:4 “El, respondiendo, les dijo: ¿**No habéis leído** que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo…?”

 Marcos 12:26 “Pero respecto a que los muertos resucitan ¿**No habéis leído** en el libro de Moisés cómo habló Dios en la zarza, diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?”

 Toda la enseñanza de Jesucristo giró en lo que estaba escrito en el Antiguo Testamento, y luego sus discípulos hicieron lo mismo. Por ejemplo, el 80% del discurso de Pedro en el día de Pentecostés era clara y llanamente la repetición de versículos de la Biblia.

 Por eso cuando más leamos de la Palabra de Dios, más bases tendremos para esperar en Dios y esa palabra se convertirá en un escudo para nosotros porque “acrisolada es la palabra de Dios, escudo es a todos los que en él esperan”. Como dice la conocida canción de Rocío Zapata “Tu palabra es una lámpara a mis pies y una luz que alumbra mi ser. Cuando tengo miedo y pienso que estoy perdida, aun allí tú estás. Y nada temeré, mientras tu estés aquí. Acompáñame hasta el final”

 Que nunca te apartes de la palabra de Dios, que nunca dejes de leer y meditar en ella, que nunca dejes de hacer lo que te enseña, porque así la Palabra de Dios en verdad será tu escudo.

CONCLUSIÓN:

 Hemos visto a Dios como nuestro escudo y también los diferentes escudos de Dios. Hemos visto que esperar en Dios es un escudo. En la sala de espera de Dios aprendemos cosas que de otra manera no aprenderíamos.

 También nos referimos a que la rectitud es un escudo, porque “Dios salva a los rectos de corazón”, a Dios le encantan los que se comportan con rectitud, es decir, con integridad y honestidad.

 Además, vimos el enorme valor de la presencia de Dios que puede rodearnos como con un escudo y llenarnos de gozo, porque hay plenitud de gozo en su presencia.

 Y por último, aprendimos sobre el poder de la Palabra de Dios si la leemos todos los días, si la aprendemos y guardamos, porque sin duda será un escudo, un poderoso escudo para los tiempos de prueba.

 Cuando venimos por primera vez a Jesucristo, cuando nos arrepentimos de nuestros pecados, cuando creemos y lo recibimos en nuestro corazón, y por este acto nos convertimos en hijos de Dios, entramos en la protección del escudo de Dios, Dios mismo se convierte en nuestro escudo y ya nunca más estaremos desguarnecidos.